

LIBRO SEGUNDO

LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

- SUMARIO: I (Extracto de la obra de M. de la Gorce).—El 22 de febrero.—Amanece sin ningún indicio de efervescencia popular.—Primeros grupos en las plazas de la Concordia y de la Magdalena, cerca de las diez de la mañana; los grupos se dirigen hacia el palacio Borbón todavía desierto; son disueltos, pero vuelven a formarse en seguida; primeras escaramuzas; el pueblo se ensaya en la sedición.—Sesión parlamentaria; el palacio legislativo rodeado de tropas; Odilón Barrot presenta la acusación del ministerio.—Por la tarde la sedición aumenta; conato de barricadas; la autoridad militar manda ocupar los puntos más estratégicos; los insurrectos concentran sus fuerzas en los barrios céntricos.—Estado de los ánimos en la noche del 22 de febrero; algunas inquietudes en las esferas oficiales, pero entera confianza del rey; ninguna esperanza de triunfo próximo en el partido democrático.
- II (Extracto de la obra de M. de la Gorce).—El 23 de febrero.—Por la mañana la insurrección se atrincheró en los barrios de San Dionisio y San Martín; sin embargo, las fuerzas militares reunidas en París parecen asegurar el triunfo del orden.—La actitud de la guardia nacional anima a la insurrección; manifestaciones de las legiones 2.^a, 3.^a, 4.^a, 7.^a y 10.^a; deplorable efecto de estas manifestaciones.—Inquietudes del rey: su entrevista con Duchatel y Guizot; provoca su dimisión y llama a Molé.—Sesión parlamentaria: Guizot anuncia su retirada; alegría indecorosa de la oposición; viva irritación de la mayoría; ansiedades de los diputados más inteligentes.—La noticia de la caída de Guizot es recibida con desdén en los barrios populares y no logra hacer cesar completamente las hostilidades: en los barrios ricos se restablece la calma; iluminaciones: manifestaciones de júbilo.—La catástrofe del bulevar de Capuchinas destruye las probabilidades de pacificación; pánico en el seno de la muchedumbre y en las filas de la tropa; paseo de los cadáveres; irritación popular.—La noticia de la catástrofe es recibida en palacio: Molé renuncia a formar ministerio.—El rey confía al mariscal Bugeaud el mando de las tropas; llama a Thiers y le encarga que forme gabinete.
- III (Extracto de la obra de M. de la Gorce).—El 24 de febrero.—Progresos extraordinarios de la insurrección durante la noche del 23 al 24; formidables disposiciones militares tomadas por el mariscal Bugeaud.—Error del rey, que a la vez quiere negociar y combatir.—Gestiones de Thiers para formar ministerio; llega a las ocho de la mañana a las Tullerías con Odilón Barrot; acogida del rey; el mando de la guardia nacional confiado al general Lamoricière. Vanas tentativas de pacificación hechas por Barrot y Lamoricière; empieza a hablarse de abdicación.—La acción militar paralizada. Retirada de la columna del general Bedeau: incidentes lamentables de esta retirada.—Los insurrectos se acercan a las Tullerías. El rey revista las tropas en el Carrusel. Gritos sediciosos de una parte de la guardia nacional.—Crémieux en palacio; llegada de Girardin; éste pide con insistencia la abdicación; estupor y azoramiento entre los amigos de la realeza; resistencia heroica de una compañía del 14.^o de línea en la plaza del Palais-Royal; no se hace ningún esfuerzo para auxiliara; llegada del mariscal Gérard; el rey redacta el acta de abdicación.—La insurrección avanza; acuérdase la huida de los monarcas; el rey y la reina salen de palacio y cruzan el jardín de las Tullerías; espera llena de ansiedad en la plaza de la Concordia; ida a Saint-Cloud.
- IV.—*La Regencia.*—La duquesa de Orleans, regente; ella y el duque de Nemours se han quedado en las Tullerías. A instancias de Dupin, la duquesa va a la Cámara de los diputados.—Reunión en las oficinas del *Nacional*; delegados del partido democrático enviados al palacio Borbón: su entrevista con Lamartine.—República y Regencia ante la Cámara.—Llegada de la duquesa de Orleans al palacio Borbón; discursos de Dupin, Marie y Crémieux; intervención de Odilón Barrot; amargas palabras de La Rochejaquelein.—Una partida de paisanos invade el salón de sesiones; discurso de Ledru-Rollin; Lamartine sube a la tribuna; expectación y emoción generales; el orador propone la formación de un gobierno provisional; nueva invasión de la Cámara; escenas de desorden; el presidente levanta la sesión; la duquesa de Orleans y el duque de Nemours salen de la Asamblea.—Algunos diputados de la oposición que se han quedado solos en el salón resuelven crear un gobierno provisional.—Listas preparadas de antemano y aclamadas por los insurrectos; los miembros del nuevo gobierno se trasladan a la Casa de la Ciudad.

I

La noche del 21 al 22 de febrero fué tranquila. Al nuevo día se abrieron las tiendas como de costumbre, y la ciudad conservó su aspecto ordinario; el tiempo, sombrío y lluvioso, parecía poco propicio para una manifestación.

Sin embargo, hacía más de ocho días que los periódicos hablaban del banquete. El pueblo de París, tan ávido de espectáculos, se prometía uno. Sabía que la autoridad había prohibido el banquete, pero la mayor parte ignoraban la resolución tomada la noche anterior por los diputados reformistas. De aquel duelo empeñado, ¿cuál sería el desenlace?

A partir de las nueve de la mañana, empezaron a formarse algunos grupos en el centro de la ciudad y se dirigieron unos hacia la plaza de la Magdalena, que había de ser el punto de partida de la manifestación, y

otros hacia la plaza de la Concordia, por donde había de pasar el cortejo del banquete. Casi a la misma hora, otra masa de estudiantes y obreros se dirigió desde la plaza del Panteón hacia la de la Magdalena, donde desembocó cantando la *Marsellesa* y el *Chant du départ*. Ambas columnas no tardaron en confundirse y se desarrollaron a sus anchas por los vastos barrios del centro. Los periódicos de la mañana dan a conocer el aplazamiento de la manifestación; se ven pasar los guardias municipales que van a asistir al acto de quitar los preparativos del banquete. Pero la muchedumbre no se dispersa, aunque, más curiosa que hostil, se contenta con gritar «¡viva la reforma!», «¡abajo Guizot!» Algunos agitadores se dirigen entonces hacia el palacio Borbón. Las masas les siguen maquinalmente. El gobierno había dado contraorden respecto a todas las medidas militares, y ningún ataque estaba previsto. Algunos municipales que tratan de cerrar a la muchedumbre el paso

del puente de la Concordia son arrollados. El cortejo desemboca en el muelle, frente a la Cámara. Los más osados escalan las verjas, suben las gradas del peristilo y penetran en el edificio, pero sin desorden ni devastación alguna. Una vez dentro, los invasores no saben qué hacer en aquel palacio donde a aquellas horas no hay ningún diputado. La intervención de la fuerza pública pone pronto fin a esta escena más pueril que inquietante. Se ha dado el grito de alarma. Los dragones

taria. Tranquilizados por la noticia del aplazamiento del banquete, la mayor parte de los diputados ignoraban el estado de la capital. Su sorpresa, por consiguiente, era muy grande en presencia de aquella agitación popular y de las imponentes fuerzas que guardaban el palacio legislativo. Cruzaban, uno a uno, por entre la multitud, que les acogía con aclamaciones ó murmullos, según que les tenía por adversarios ó amigos del gabinete. Fiel a sus compromisos, Odilón Barrot presentó



La caballería dando una carga a los amotinados en los bulevares

salen del cuartel del muelle de Orsay y dispersan a los manifestantes. Poco después, fuertes destacamentos de infantería apoyados por la artillería toman posición en la plaza del palacio Borbón y en la calle de Borgoña.

Arrojadas a la plaza de la Concordia, las masas se dividen, dirigiéndose unas hacia la calle de la Ferme, donde vive Odilón Barrot, y las otras hacia la Magdalena, donde se agrupan cerca del café Durand, punto de cita habitual de los diputados de la oposición; algunos, más excitados, marchan hacia el ministerio de Negocios extranjeros, cuyos cristales apedrean.

La mayor parte del gentío se queda en la plaza de la Concordia, donde no se dispersa ante las cargas de caballería sino para volver a reunirse inmediatamente después. Los chiquillos apedrean a los guardias municipales cuyos caballos resbalan sobre el asfalto. Los curiosos, sentados en los pilones de las fuentes, se ríen de estas escaramuzas inofensivas en un principio; de todos los grupos parten cantos y gritos sediciosos, chascarrillos y chuscadas; la muchedumbre, medio burlona y medio irritada, parece jugar a la sedición, juego con que empiezan todas las revoluciones.

Se acercaba la hora habitual de la sesión parlamen-

una petición para la acusación del ministerio, petición firmada por cincuenta y dos representantes. La Asamblea entró en la orden del día. Después de dos horas de discusión sobre el proyecto de ley relativo a la prórroga del privilegio del Banco de Burdeos, levantóse la sesión. Pero Barrot, deseoso de marcar bien su iniciativa, recordó al presidente la proposición por él presentada. El presidente anunció que el jueves próximo sería sometida al examen de las secciones.

Mientras el jefe de la izquierda dinástica daba a su partido esta pueril satisfacción, la agitación se extendía. Cierta es que en la plaza de la Concordia el tumulto disminuía poco a poco; pero numerosas partidas luchaban en los Campos Elíseos contra los guardias municipales ó la tropa, resistiéndoles victoriosamente. Creciendo en número y en osadía, atacaron un retén en la calle Matignón. A los gritos de «¡fuera los guardias municipales!» se unía el de «¡viva la infantería!» y este último grito había de ser repetido el día siguiente como una consigna. Al mismo tiempo, otras partidas más temibles arrancaban la verja del ministerio de la Marina y se servían de los barrotes para desempedrar la calle. Cerca de las tres quedó levantada la primera barricada

en la esquina de la calle de San Florentino y de la calle de Rivoli; pronto surgieron otras en las calles Duphot y San Honorato.

El general Sebastiani, que mandaba la primera división militar, y el general Jacqueminot, que mandaba las guardias nacionales del Sena, se hallaban agregados al Estado mayor y colocados uno y otro bajo el mando superior del duque de Nemours. Los partes que recibían acusaban los progresos de la insurrección, en vista de lo cual acordaron dar las órdenes necesarias para la ocupación militar de toda la capital. Ante tal despliegue de fuerzas, los insurrectos se escondieron. Con una rara intuición, comprendieron que no podían triunfar en aquellos barrios elegantes y ricos, cuyas anchas vías y espaciosas plazas facilitan la represión. Lentamente, pero con un movimiento continuo, se replegaron en los barrios del centro. A la caída de la tarde se dividieron en pequeños grupos, se metieron en las calles tortuosas cuyos nombres se hicieron célebres en las revoluciones pasadas, empezaron a levantar acá y acullá unas cuantas barricadas, destruídas apenas hechas; se familiarizaron poco a poco con la insurrección, saqueando las armerías y preparándose para el combate del día siguiente. Entrada la noche, en algunos puntos fueron volcados los carros, desempedradas las calles y cortadas las cañerías del gas. Se oía algún tiro, pero aún no se había formalizado la lucha. A media noche, las tropas se retiraron a sus cuarteles, dejando sólo destacamentos en algunos sitios.

Así terminó la jornada del 22 de febrero. Vamos a ver cuál era el estado de los ánimos en las Tullerías y en la oposición al finalizar aquel día.

En palacio las previsiones alarmistas no habían faltado. M. de Rambuteau, prefecto del Sena, había multiplicado sus avisos. Por temor a trastornos, muchos extranjeros habían pedido su pasaporte. Los ayudantes del rey y los cortesanos habían señalado los deseos reformistas de la guardia nacional. M. Fayr, ministro de Obras públicas, había manifestado al monarca sus temores. La reina estaba asustada. Pero el rey, muy tranquilo, parecía complacerse en comunicar á los demás su confianza. El mundo oficial acabó por decir que la dinastía de Julio salió victoriosa de pruebas más terribles en 1832 y 1834. Ya fuera porque renaciese la confianza, ya fuera por lisonja, todos dijeron al fin lo mismo que el monarca. Y los ánimos acabaron de tranquilizarse cuando se supo sucesivamente que todas las postas habían salido sin obstáculo, que el motín no adquiría consistencia en ninguna parte, y que se habían tomado todas las medidas necesarias para vencerlo el día siguiente, si no se apaciguaba por sí mismo. A la media noche, los últimos partes de la prefectura de policía vinieron á confirmar tales esperanzas.

En los diversos grupos de la oposición se creía aún menos en una revolución próxima. De los diputados de la izquierda dinástica, algunos estaban inquietos, pero la mayor parte, en su vana presunción, se imaginaban que la ola popular se detendría después de haberlos llevado al poder. La oposición radical distaba mucho de suponer el triunfo que, sin embargo, estaba próximo. La excitación era grande, pero era nula la confianza en el éxito. Reunidos á eso de las nueve de la noche en una especie de conciliábulo bajo las arcadas del Palais

Royal, en vano intentaron trazar un plan de acción; sólo acordaron reunirse el día siguiente en el bulevar de San Martín si se propagaba la insurrección: acuerdo comunicado inmediatamente á la policía, cuyos emisarios la tenían al corriente de todos los manejos de las sociedades secretas.

II

A los primeros albores del 23 de febrero, reapareció la sublevación, fortificándose en los barrios del centro limitados al Norte por los bulevares, al Sur por los muelles, al Este por la calle del Temple y al Oeste por la de Montmartre. Levantáronse barricadas en las esquinas. La tropa era vitoreada por el pueblo, que le ofrecía víveres, desconcertándola con esta actitud. Los insurrectos desarmaron á los retenes aislados y atacaron el cuartel de San Martín; empeñóse la lucha en varias calles y en la plaza del Chatelet.

Las fuerzas de que disponía el poder eran más que suficientes para sofocar la rebelión; su efectivo se elevaba á unos treinta mil hombres, cuyas fuerzas comprendían veinte escuadrones de caballería y veintisiete baterías de artillería. El resultado del conflicto no era, pues, dudoso, cuando la insurrección halló de pronto en la guardia nacional un auxiliar inesperado. Después de haber elevado el rey al trono y haberle servido lealmente, la guardia nacional estaba cansada de aquel régimen tan largo y tan monótono. A fuerza de oír hablar del rebajamiento de Francia, había creído de buena fe que el país vivía humillado; á fuerza de oír hablar de la necesidad de la reforma, se había dejado convencer de que fuera de la reforma no había salvación posible. Reunida en las alcaldías para asegurar el orden, juzgó que había algo mucho más urgente que vencer la rebelión, y era dar una lección á la Corona. Para esto resolvió constituirse en mediadora entre la tropa y los insurrectos.

Serían las diez de la mañana cuando la guardia nacional salió de las alcaldías, dispuesta á negociar, pero no á combatir. Apenas en la vía pública, empezó á obrar. La segunda legión recorrió las calles gritando *viva la Reforma!* hasta debajo de las ventanas de las Tullerías. La tercera legión hizo más: en la plaza de las Victorias, ora se interponía entre los guardias municipales y los insurrectos, ora cruzaba la bayoneta contra los jinetes que cargaban contra el pueblo; uno de los batallones recorrió todo el distrito dando vivas á la Reforma. La cuarta legión resolvió seguir los consejos de Crémieux, que dijo á los delegados de la misma: «Marchad, pero diciendo que lo hacéis tan sólo para mantener el orden, y en manera alguna para sostener la política del gabinete, contra la cual os levantáis con toda vuestra energía.» Los guardias nacionales suplicaron á Crémieux que redactase una protesta para pedir el procesamiento de un *ministerio corruptor y corrompido*. Crémieux accedió á la súplica, y los guardias firmaron la petición para llevarla luego á la Cámara. Cerca del puente del Carrousel fueron detenidos por unas cuantas compañías leales. Pero Crémieux, que había llegado al palacio Borbón, acudió en su auxilio; recogió de sus manos la petición, prometió depositarla sobre la mesa de la Cámara y les felicitó por su valiente iniciativa.

Después de lo cual, los soldados-ciudadanos se volvieron á su alcaldía, satisfechos del deber cumplido. La séptima legión envió una delegación á la Casa de la Ciudad. La décima, aunque reclutada en el barrio de San Germán y amiga del orden, no escapó al espíritu de indisciplina: uno de sus batallones aclamó la reforma, fomentando contra su coronel una verdadera sedición.

Imagínese el efecto de tan deplorable conducta. La tropa sabía desde aquel momento que entre la insurrección y ella iba á encontrar á la guardia nacional; y los insurrectos, por su parte, sabían que los guardias nacionales les servirían de muralla. De ahí en los primeros una indecisión acobardada, y en los segundos un ardor creciente. A partir del mediodía, la insurrección tomó grande incremento. Las barricadas, antes abandonadas apenas construídas, empezaban á ser defendidas con tesón. Para tomar alguna de ellas fué necesaria la artillería.

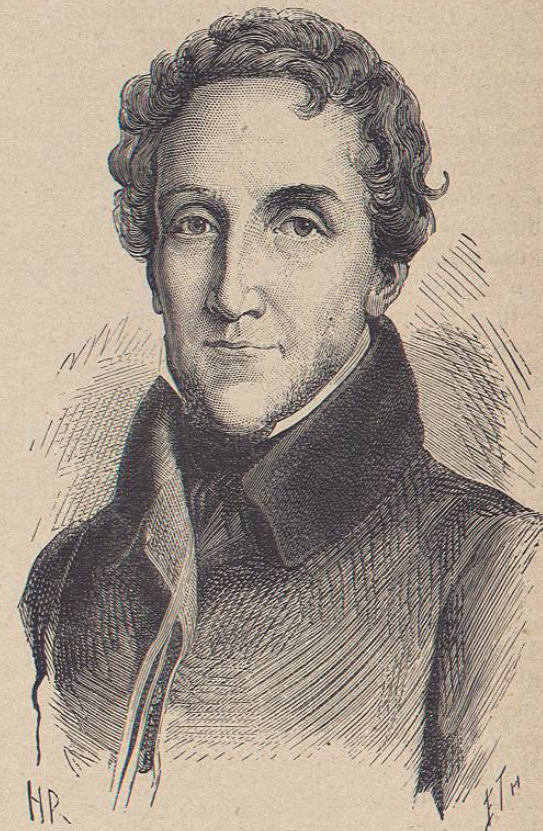
La noticia dejó aterrado al rey. La burguesía lo había elevado al trono; con ella había vencido en 1832 y 1834 las más terribles insurrecciones; había gobernado con ella y por ella, y todo se lo había sacrificado. De espíritu muy firme y muy libre, para dar gusto á aquella burguesía había fingido participar de sus preocupaciones; príncipe de grande estirpe, no había vacilado á veces en descender á su nivel. Tanta ingratitud le impresionó como si en aquel abandono hubiese visto un fallo del destino. Por primera vez prestó oídos á los consejos de concesión, que todo el mundo le daba, incluso la reina, inspirada por su piedad conyugal y por su ternura de madre, que le hacían ver los peligros del momento y los mayores aún del día siguiente.

En esto el rey recibió la visita de Duchatel, ministro del Interior, á quien manifestó que todo el mundo le aconsejaba un cambio de gabinete. Como Duchatel contestase la eficacia de la política de concesiones, el rey añadió: «Creo también que conviene resistir, pero hablad con la reina.» La reina entró, acompañada del duque de Montpensier: «Si Guizot no escucha más que su amor al rey, dijo la augusta señora, no seguirá un momento más en el poder.» El ministro, después de un momento de turbación, inclinóse respetuosamente y salió; fué á la Cámara, enteró á Guizot de lo ocurrido; ambos volvieron á las Tullerías, siendo las dos y media cuando penetraron en el gabinete del rey, donde éste se hallaba reunido con la reina y los duques de Montpensier y de Nemours. El rey estaba triste y preocupado; pero á través de sus palabras afables se adivinaba una resolución firme. Guizot puso en manos del monarca la dimisión del ministerio, que fué aceptada con elogios para los consejeros de la Corona. Colmados de testimonios de afecto, aunque algo aturdidos por tan repentina caída, Guizot y Duchatel se volvieron al palacio Borbón. El rey llamó á Molé.

En la Cámara, Guizot, con su acostumbrada gravedad y ocultando sus emociones bajo una indiferencia aparente, anunció que el rey acababa de llamar al conde Molé para encargarle la formación de un nuevo gabinete, y que el ministerio dimitente mantendría ó restablecería el orden y haría respetar las leyes mientras estuviese encargado del gobierno.

La izquierda triunfante manifestó tan ruidosamente

su alegría, que Odilón Barrot se vió obligado á llamarla al pudor. Los diputados del centro estaban más irritados que abatidos; terminada la sesión, formaron grupos tumultuosos profiriendo quejas. «Si el gobierno parlamentario no es una ficción, decían, ¿cómo explicar la caída de un ministerio que ha conservado la mayoría en las Cámaras?» Se les oía hablar de *deshonor* y de *cobardía*, de un paso colectivo cerca del rey, y prodigaban muestras de simpatía á los ministros caídos. Mien-



El conde Molé

tras tanto, otros diputados, hombres de experiencia y buenos patriotas, se comunicaban á media voz sus aprensiones y temores, no faltando quien anunciase el próximo advenimiento de la República.

Pero la Revolución iba á continuar en la plaza pública y no en el Parlamento. Veamos el efecto producido en el pueblo por la caída del gabinete. A las tres de la tarde enviáronse en todas direcciones guardias nacionales montados para anunciar el cambio de ministerio. En el centro de la población, el efecto no respondió á las esperanzas de los amigos de la paz; la noticia era acogida con desconfianza. Además, ¿qué importaba la substitución de Guizot por Molé? Este aristócrata cortesano, ¿qué garantías podía ofrecer á las aspiraciones del pueblo? Si el poder quería seguir una nueva marcha, ¿por qué no se daba á las tropas la orden de retirarse? Así hablaban los agitadores que por tan poco resultado no querían perder el fruto de sus esfuerzos; y este lenguaje, propagado de barricada en barricada, era el que escuchaba el pueblo. Y aún lo hubiera escuchado más, si hubiese sabido que en el palacio de las Tullerías el rey, en conferencia con el conde Molé, consentía apenas en sacrificar algunas

personas y remitía á un examen ulterior todas las reformas políticas. La lucha se generalizaba, aumentando en peripecias sangrientas. Aquella lamentable jornada concluyó á tiros.

Muy distinta era la impresión causada por la caída del ministerio Guizot en los barrios ricos, donde dominaba la influencia de la clase media. Esta, satisfecha de haber obligado al rey á ceder, no pedía ya más que el restablecimiento del orden. La guardia nacional, atribuyéndose los honores de la jornada, se declaraba satisfecha. Bajo el imperio de tales disposiciones, los grupos que por la mañana se habían mostrado hostiles se calmaron por la tarde. Un gentío bastante pacífico circulaba por los bulevares. En muchas casas aparecieron iluminaciones. En la calle de la Ferme, el domicilio de Odilón Barrot se hallaba convertido en cuartel general, donde se reunían los buscadores de noticias y afluía mucha gente. El jefe de la izquierda retenía con una mano al pueblo por temor á una revolución, y con la otra le empujaba á fin de que, siendo Molé imposible, sus amigos y él fuesen en breve plazo los árbitros entre la Corona y el país. Las numerosas partidas que aún recorrían las calles eran más joviales que amenazadoras. Los menos optimistas esperaban que, satisfecha la burguesía, la insurrección, reducida á sus propias fuerzas, privada del apoyo de la guardia nacional, encerrada en un barrio, sería vencida como en 1832 y 1834. Estos pronósticos se hubieran realizado sin duda á no sobrevenir un suceso inesperado que encendió de pronto los furios de la guerra civil donde más extinguidos parecían.

A cosa de las ocho de la noche, se aglomeró gran gentío en el arrabal de San Antonio. Aquella muchedumbre desfiló en seguida por los bulevares; ni la infantería que se hallaba en el bulevar del Temple, ni la artillería que se encontraba en el Château d'Eau, ni la caballería formada cerca del Ambigú trataron de detenerla. Los jefes militares quizá la consideraron poco temible, ó quisieron evitar conflictos. No hallando obstáculos, la columna siguió su marcha engrosándose con la agregación de varios grupos y llegó á la altura de la calle Lepelletier. Entonces, como obedeciendo á una consigna, torció á la derecha y se dirigió hacia la redacción del *Nacional*. Marrast salió al balcón y arengó á la muchedumbre, diciendo: «Se necesita la reforma electoral, la reforma parlamentaria, el licenciamiento de la guardia municipal y el procesamiento del ministerio: tal debe ser el precio de la sangre vertida.» Los manifestantes prosiguieron la marcha. Varios guardias nacionales abrían el cortejo; seguían obreros con banderas, sables ó fusiles; algunos hombres, al parecer burgueses, ocultaban sus armas bajo los abrigos. De la columna salían cuchufletas, risas y cantos. Una porción de muchachos de doce á quince años la escoltaban llevando antorchas y farolillos tricolores y entrando en las casas para hacer iluminar. La escena divertía á los transeúntes que llenaban las aceras, sin sospechar el trágico fin que iba á tener.

Al llegar los manifestantes al bulevar de Capuchinas, no lejos del sitio en que se alzaba entonces el ministerio de Negocios extranjeros, morada de Guizot, encontraron cerrada la vía por un batallón de línea que custodiaba el edificio, al mando del teniente coronel Cou-

rant, y estaba formado en cuadro. Estas disposiciones, irreprochables desde el punto de vista militar, ofrecían sin embargo un peligro. Si una larga columna de gente, al bajar por la parte de la Bastilla, se encontraba de pronto en frente de aquella imponente fuerza que la cerraba el paso, era de temer que la cabeza del cortejo, empujada por las últimas filas de la muchedumbre, no pudiese detenerse; entonces la tropa se veía obligada, ó á franquear sus líneas, ó á oponer á una masa de gente casi toda desarmada sus bayonetas; en el primer caso la consigna era violada; en el segundo había derramamiento de sangre. A fin de prevenir esta eventualidad, un batallón de la segunda legión, á las órdenes del coronel Talabot, tomó posición delante de las tropas. Era de presumir que la guardia nacional tendría bastante influencia para disolver los grupos, y se mantendría el orden sin colisión. Desgraciadamente, cerca de las nueve, se aglomeró gran gentío en la plaza Vendôme, delante de la Cancillería, y el coronel Talabot tuvo que trasladarse allí con sus hombres. La tropa, por una deplorabile fatalidad, se encontró sola en el bulevar en el momento de avanzar el largo y tumultuoso cortejo que hemos descrito.

Eran las nueve y media de la noche. La cabeza de la manifestación se detuvo á pocos pasos de la tropa. Varios transeúntes suplicaron á la fuerza que abriese paso, á fin de evitar desgracias. El coronel opuso la consigna. La retaguardia de la columna empujó á la cabeza. Los manifestantes querían pasar. Muchos gritaban *viva la infantería!* La tropa no cedía. Uno del cortejo acercó su antorcha al rostro del coronel, y un sargento, viendo á su jefe amenazado, hizo fuego. Instintivamente, sus camaradas le imitaron. A esta descarga general sucedió una espantosa confusión. Unos se arrojaron al suelo á fin de evitar las balas; otros saltaron por encima de la balaustrada que separaba el bulevar de la calle Basse-du-Rempart, y muchos se precipitaron en las casas vecinas. ¡Cosa extraña! El terror se apoderó también de los soldados, que huyeron hacia la Magdalena ó buscaron un refugio en el ministerio de Negocios extranjeros. En el arroyo, súbitamente despejado, yacían treinta y cinco muertos y cuarenta y siete heridos.

Este acontecimiento enconó los odios. Pasado el primer momento de terror, el pueblo volvió al teatro de la catástrofe, y al ver los cadáveres aún calientes ó agitados por los últimos espasmos de la agonía, los heridos medio desvanecidos y los despojos de toda clase que cubrían el suelo, un inmenso grito de dolor, de indignación y de piedad se escapó de todos los pechos. Un carro que conducía emigrantes á la estación del Oeste fué detenido cerca de allí. Amontonáronse en él diez y seis cadáveres. En torno del furgón se agruparon muchos hombres armados de antorchas y que prorrumpían en gritos de venganza. El dramático cortejo se dirigió hacia la calle Lepelletier; hizo alto delante del *Nacional*, donde Garnier Pagés le dirigió la palabra; continuando luego su marcha, recorrió el bulevar y las principales calles del centro, detúvose un momento delante de la redacción de la *Reforma*, y después de haber sembrado en su larga carrera la cólera, el odio, el desorden y la venganza, se detuvo en la alcaldía del cuarto distrito, donde fueron depositados los cadáveres.

Los manifestantes se dispersaron entonces, llevando cada uno á su barrio las pasiones que les animaban.

Serían las diez de la noche cuando llegó á las Tullerías la noticia de la catástrofe del bulevar de Capuchinas. En vista del acontecimiento, Molé declinó en seguida la misión que el rey le había confiado. A nadie sorprendió esta determinación. Molé servía para gober-

caciones en favor de la reforma; Remusat, propio para servir de lazo de unión entre los partidos. La entrada de estos personajes en el ministerio implicaba la reforma electoral y la reforma parlamentaria; de los demás puntos no se habló. Thiers salió de las Tullerías para ir en busca de sus colaboradores y asegurarse de su adhesión aquella noche misma. El príncipe, después



Augusto Thiers. Facsímile reducido del grabado hecho por Enrique Robinsón, según el cuadro original de Auvergne, 1830.

nar un Estado tranquilo, no para dominar una gran crisis.

El rey, siguiendo los consejos que le habían dado Guizot y Duchatel, confió el mando superior del ejército al mariscal Bugeaud. Sin embargo, el monarca no renunciaba á una solución pacífica. Al mismo tiempo que Bugeaud se instalaba en las Tullerías, un coche de palacio iba en busca de Thiers. Luis Felipe se proponía tener á la mano un ministro bastante popular para apaciguar la rebelión, y un jefe militar bastante resuelto para aplastarla.

Thiers aceptó el cargo que le ofrecía el rey, con la condición de tener por compañeros de gabinete á los señores Odilón Barrot, cuya popularidad era una garantía contra la insurrección; Duvergier de Hauranne, simpático á la oposición merced á sus acerbas reivindi-

de haber citado á Thiers para las ocho de la mañana siguiente, se acostó, rendido de cansancio, pero casi seguro de que se conjuraba el peligro con aquella solución de la crisis. No sospechaba que iba á descansar por última vez antes de su partida para el destierro.

III

Se sabía que la catástrofe del bulevar de Capuchinas había avivado la insurrección. Pero la actividad de los insurrectos, durante la noche del 23 al 24 de febrero, superó á todas las previsiones. París amaneció erizado de barricadas. Contáronse más de mil quinientas, sólidamente construídas, al abrigo de un ataque y defendidas por numerosos combatientes. Los restos de las sociedades secretas se habían reconstituído súbitamen-